

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA.

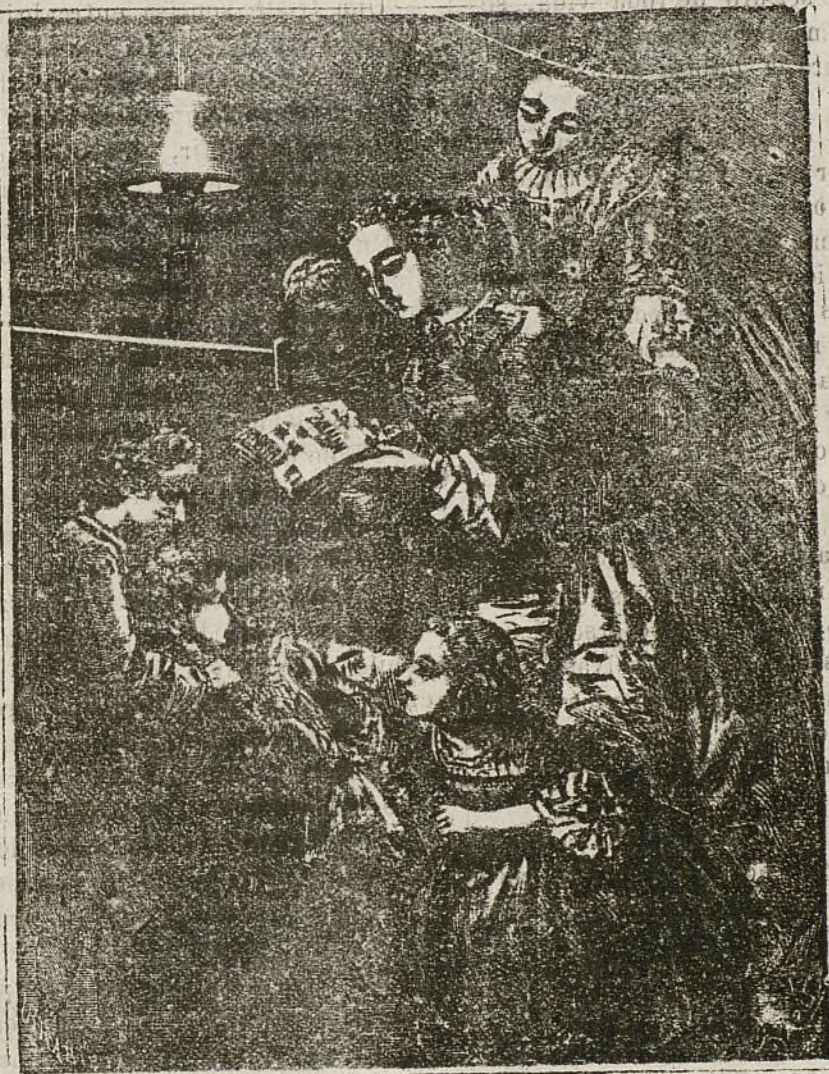
CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez.

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
juzguemos á propósi-
to para la instrucción
religiosa, la enseña-
za y el recreo.

Es el periódico sal-
drá los días 8, 14, 23 y
30 de cada mes, y con-
stará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO

ES EL

DE UN REAL AL MES

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán
de cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para pago
de periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mútuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
darnos el aviso mar-
quen bien su nombre,
pueblo de su residen-
cia y provincia á que
pertenece.

14 de Junio de 1878. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 6.

SUMARIO.

Eva, por Doña Enriqueta Lozano de Vilchez.—El Sa-
grado Corazón de Jesús, por D. C. Sevillano.—El día
de S. Silvestre, por Emilio Souvestre.—Calvario y
redención, cartas de tres hermanos, por D.^a Enríque-
ta Lozano de Vilchez.—Sección doctrinal, por idem.

EVA.

(CONCLUSION.)

Habían pasado muchos años desde que el pri-
mer crimen manchara con sangre la tierra.

Cain había huido del lado de sus padres, vi-
viendo fugitivo y errante.

Eva había dado la vida á Seth, el tercero de
sus hijos, y después á una inmensa posteridad.

Sin embargo, la memoria de su primogénito

no se apartaba de su mente, y la idea de las mi-
serias y penalidades que rodeaban su existen-
cia, era un tormento para su maternal corazón.

Mil veces, cuando rodeada de sus hijos la
juzgaban estos feliz con su amor y con sus cui-
dados, una lágrima lenta y silenciosa rodaba
por sus mejillas, y de sus trémulos labios se
escapaba un suspiro envuelto entre una ardien-
te plegaria.

¡Ay! era que la madre rogaba á Dios por el
hijo maldito cuya suerte ignoraba, y cuya fren-
te no podía bendecir, al concederle su perdón.

Los cabellos de Eva se habían tornado blan-
cos, el brillo de su mirada habíase amortiguado,
y en vano sus hijos se afanaban por atraer á sus
labios una sonrisa, y por reanimar la llama de
aquella existencia que ya empezaba á estin-
guirse.

Todo era inútil.

¡El polvo debía volver á la tierra de que habia salido!

La muerte, término seguro de toda vida, se aprestaba á posar su mano sobre aquella frente, que al permanecer pura le habria sido vedado tocar.

Las fuerzas de Eva decaian visiblemente, y ya no podia abandonar el recinto de su tienda, ni aspirar el aire puro de los campos, ni contemplar las magnificencias de la creacion.

Débil, abatida, medio tendida en su rústico lecho, pasaba los dias sin corresponder á las caricias de sus hijos, ni á las dulces palabras que sin cesar la dirigian.

Era una tarde fria y tormentosa de otoño.

Las ojas de los árboles volaban arrastradas en revuelto torbellino de un lado al otro, por el empuje del viento.

Las fieras, lanzando aullidos lastimeros, huian á ocultarse en sus guaridas, y las aves, cortando el aire con su vuelo, llegaban á posarse en su nido, oculto en los mas espeso de las selvas.

Eva escuchaba con amarga atencion los ecos aterradores de la tempestad, y en su mente se agitaba un recuerdo mas sombrío y asolador que ella.

Sus hijos todos agrupados á su lado la miraban inquietos, sin poder comprender las ideas que se revolvian en aquella inclinada y pálida frente.

El silencio que reinaba en aquella morada era profundo y tétrico, y se parecia algo al que acompaña á la muerte.

De pronto la voz de Eva se dejó oír pausada y débil, murmurando estas frases.

—¡Tambien en aquella tarde la naturaleza estaba en desórden y parecia presentir una escena de duelo! tambien el vendaval gemía y la lluvia caia á torrentes destrenzada y lenta, como caen las lágrimas de unos ojos que el dolor á apagado. La muerte, fin seguro del hombre, tiene algo de solemne y doloroso siempre, y siempre causa espanto á la criatura, como que es la realizacion de un castigo y el cumplimiento de una sentencia inapelable.

Sin embargo, él era inocente y murió solo y abandonado, herido por la diestra de su propio hermano, y yo que fui culpable, moriré por una ley dada á nuestra frágil naturaleza, pero rodeada de los míos, y objeto de su amor y de sus cuidados!

—Desecha, madre, esas tristes ideas,—dijo Seth conmovido, olvida el pasado, y piensa en el porvenir.

—¡Oh, madre, tu no morirás!—añadió Ada desecha en llanto; tú no te irás de nuestro lado,

estarás siempre con nosotros, respondiendo á nuestras palabras y pagando nuestro amor.

Una triste sonrisa entreabrió los pálidos y helados labios de Eva, mientras su mano se posaba sobre la inclinada cabeza de su hija.

—¡Ay de mí! murmuró,—en breve mi corazón dejará de latir, y mi boca enmudecerá; es forzoso, yo lo veo..... yo lo siento en todo mi ser.

Un gemido unánime se escapó de todos aquellos pechos comprimidos, y las lágrimas, contenidas en vano, se abrieron paso á aquel acento.

Eva, viendo el dolor de sus hijos, sintió un dulce consuelo en su alma, y estendiendo su diestra les bendijo á todos murmurando al par.

—¡Solo uno falta!: uno que lleva escrita en su frente la maldición del cielo y que ¡ay! ni aun puede recoger el suspiro postrero, y la postrera bendición de su madre.

Después y haciendo un esfuerzo supremo,

—Hijos de mi dolor y de mi culpa,—exclamo; —hijos míos, voy á morir y para siempre os dejo en la tierra, trocada para vosotros en valle de amargura. Yo nací libre y os convertí en esclavos: teníais un patrimonio de eterna gloria, y yo os lego una herencia de miseria y lágrimas: grande fué mi debilidad, grande mi flaqueza, pero aun es mas grande la bondad de Dios, y en él confío que me dará á mí el perdón y os rehabilitará á vosotros algun día de la culpa que pesa sobre vuestra frente: mas ¡oh! si quereis endulzar estos momentos postreros, si quereis que muera tranquila, concededme vuestro perdón tambien por la desgracia de que os he cercado y por las dichas que os arrebaté.

Todos cayeron de rodillas junto á aquel pobre lecho, y se disputaron con afán el triste placer de besar por última vez la frente de la madre moribunda.

Algunos instantes después, de los labios de Eva se escapaba un suspiro, sus manos pesaban frias entre las manos de sus hijos, y el ser formado de la nada, volvía á la nada, mientras el espíritu, purificado por el dolor y el arrepentimiento, se amparaba en el seno del Dios, que mas tarde habia de ofrecer un cielo por una lágrima de compasion.

La que debía ser inmortal; la que habia sido creada en el augusto pensamiento de Dios, mitad ángel, mitad mujer: la luz sin sombra, la estrella sin noche, la flor mas perfumada del paraíso; por un solo instante de delirio, por solo un momento de olvido, manchó su espíritu, hajo su pureza, y se trocó en un ser débil, imperfecto, y sujeto á la muerte, que arrastró en su caída á la humanidad entera.

Me he engañado, ¡ay de mí! y empiezo á arrepentirme de este viaje, llevado á cabo en un momento de alucinación.

Si Horacio me ama como antes, ¿por qué parece que huye de mí? ¿no he venido yo resignada á sufrir su desgracia? ¿no he renunciado hoy á los placeres que él no puede gozar? ¿no le he dado una prueba de afecto al venir á su lado aquí? ¿qué mas quiere? ¿qué puede exigirse de mí?

Todas estas ideas se agrupaban en mi mente, contemplándole frente á frente en medio de esta soledad.

De pronto vino á sacarme de mis reflexiones el ruido lejano de unas pisadas que crujían sobre la arena.

Alze mi vista en dirección de aquel rumor, y no tardé en divisar á un hombre desconocido enteramente para mí, y de un aspecto bien distinto al de los trabajadores y los criados de la quinta.

Era un anciano de figura noble y distinguida, revelando en todo su porte la finura de un hombre acostumbrado á vivir entre la alta sociedad.

Pero ¿cómo no le habíamos visto hasta entonces, ni teníamos noticia de su estancia en estos contornos?

Siguió andando pausadamente sin sospechar que yo le observaba, y llegó junto á Horacio, á quien saludó con un ligero movimiento de cabeza.

Horacio por su parte, creyendo que era Pedro el que se acercaba,

—¡Estás aquí ya!,—murmuró;—¿por qué has venido tan pronto?

El desconocido alzó la cabeza; y mirándole un momento fijamente,

—Por desgracia caballero, veo que puede V. engañarse; no soy yo á quien espera.

—Perdone V.,—murmuró Horacio,—y sírvame de disculpa en esta equivocación el estado de mi perdida vista.

—¡Oh! el infortunio es siempre una prenda de simpatía, y yo desde este momento me atrevo á ofrecerle mi amistad.

—Gracias,—respondió mi esposo;—yo la acepto con gratitud.

—¿Sin duda,—exclamó el desconocido después de un instante de pausa,—sin duda es V. el conde de la Palma de quien he oído hablar, á pesar de que hace solo dos días que llegué á la vecina aldea?

—No se ha engañado V.,—dijo Horacio:—mas ¿podré saber á mi vez?...

—Nada mas justo. Yo me llamo Jorje de San Roman: He sido muchos años médico de la armada, y hoy, abrumado de años y de pesares, paso mi vida mitad en la corte, mitad en esta apartada aldea, donde tengo una cómoda casa de campo que está á sus órdenes desde ahora: pero á la verdad, amigo mío, hace V. mal en venir aquí solo, cualquier incidente pudiera....

—No....., no es fácil; además, ¡me hallo aquí tan bien!

—¿Le gusta á V. este aislamiento?

—Creo que aquí estoy solo con Dios,—respondió Horacio lentamente.

—Para hablar de ese modo es preciso haber

sufrido mucho,—murmuró aquel anciano con escésiva bondad.

—¿Y que dolores de la vida pueden ser extraños á un pobre ciego!

—Tiene V. razón, pero para todos los males tiene Dios compensaciones, y V. debe poseer muchas; la amistad es una de ellas, seamos pues buenos amigos.

Horacio con ademán vacilante tendió su mano, que el desconocido estrechó con bondad.

En aquel instante apareció Pedro, y mi esposo después de ofrecer nuestra casa á este anciano, se alejó apoyado en el brazo del criado.

Yo he vuelto también, dando gracias á Dios por este encuentro, que puede evitarme muchos ratos de fastidio, si como espero, el doctor viene á menudo á visitar á mi esposo; este encontrará á su lado alguna distracción y yo no tendré el enojoso deber de estar siempre á su lado, sin poder disipar su tedio.

Hable V. á mi madre de mí, procure distraer á mi hija, y dé pronto noticias de las dos á

AMELIA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—¿Y no dice nada mas?—preguntó Ana.

—No, ya lo ves.

—¿Qué será esto?

—¿Daremos el papel á Lorenzo?

—¡Oh, no! dirá que en vez de prestarle algun servicio hemos venido á inspeccionar su casa;

—Entonces....

—Me ocurre una idea; no abriremos este papel que hemos hallado, pero le diremos á la abuelita lo que ha pasado y dispondrá lo que hemos de hacer, puesto que ella lo sabe todo y es tan buena consejera: así cumpliremos con el deber de buenos hijos y podemos estar tranquilos.

Un alegre ladrido vino á interrumpir la conversación de los tres niños, tan preocupados con su hallazgo.

El perrillo del ciego que llegaba guiando á su amo, les había conocido desde lejos, y mostraba su alegría por la presencia de sus bienhechores.

Adolfo, como el mayor, guardó el papel en su bolsillo y haciendo una seña de inteligencia á sus compañeras salió á recibir al anciano, diciéndole con alegre acento.

—Perdone V. tío Lorenzo, si hemos entrado en su casa sin esperar su permiso, pero como la hemos encontrado abierta y no había nadie á quien preguntar...

—Mis buenos señoritos, ustedes me hacen demasiado honor en pisar esta pobre morada, y yo les bendigo por ello.

—En cuanto á mí,—dijo la preciosa Ana,—he venido á

cumplir mi palabra. Ya son cerca de las cinco y la señora Marquesa nos estará esperando. Con que vamos, si V. quiere....

El mendigo pareció que dudaba.

—Pero.... ir yo también.... ir juntos conmigo..... Si ustedes quieren pueden adelantarse y luego....

—Nada de eso,—dijo Julieta sin sospechar siquiera la causa del embarazo de Lorenzo,—nada de eso, hemos venido todos por V.

—Mi hermana tiene razón,—añadió Adolfo,—marcharemos reunidos, dando en ello un placer á mi abuelita que sufriría mucho si nos creyera orgullosos: pero antes, y ahora que estamos solos, tome V.

—Qué es esto! preguntó el mendigo.

—Poca cosa,—respondió el niño poniendo una moneda de veinte reales en su mano,—poca cosa; este dinero que á V. le podrá ser mucho más útil que á mí.

—Es posible!—murmuró el anciano que no estaba acostumbrado á recibir aquella clase de limosnas.

—No es mucho por cierto;—replicó Adolfo alegrementopero supla el buen deseo, á la pequeñez de la dádiva.

Lorenzo llevó la moneda á sus labios, la besó con una especie de respeto, y al inclinarse para tomarla, dejó caer una lágrima en la mano de su bienhechor.

Yo no sé que misterioso encanto se encerraba en aquella gota de llanto, pero su contacto hizo latir fuertemente el corazón de Adolfo.

—Vamos que es ya tarde,—murmuró Anita que estaba impaciente porque Lorenzo pudiera lucir la blancura de su camisa y lo limpio del traje que ella le había arreglado aquella mañana.—vamos ya.

Y tomando la mano del buen viejecito, salió con él seguida de los dos nietos de su señora.

—¡Si supieras que contento estoy de haber dado mi dinero á Lorenzo!—dijo el niño al oído de su hermana—¡pobrecillo! ¿no le viste llorar de alegría?

—Si que le ví, y como hay sentimientos que son contagiosos, á mí también se me arrasaron los ojos en lágrimas, y hasta me parece que te quería más en aquel momento, hermano mío.

Adolfo estrechó la mano de Julieta, y los dos niños más felices en aquel día, cuanto más satisfechos estaban de sí mismos, continuaron su camino hasta llegar á la quinta de la Marquesa.

Esta ya se encontraba en la galería en que la vimos por vez primera, rodeada de las mismas personas, y esperando á sus nietos que se adelantaron á sus compañeros, para abrazarla cariñosamente.

—Tenemos que consultarte una cosa, mamá,—dijo Adolfo muy bajo, y mientras besaba la frente de la anciana.

—¿Ahora?—preguntó esta con cariño.

—No, cuando estemos solos,—respondió él rápidamente.

—Entonces siéntate aquí, hijo mío, y tú también querida Julieta, y vamos á proseguir nuestra conversacion de ayer tarde.

En aquel instante Ana y Lorenzo aparecieron en la puerta, pidiendo permiso para entrar.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

OBRAS DE LA SEÑORA

DOÑA ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SU PAGO 4 REALES MENSUALES.

Queriendo mostrar de algun modo nuestra gratitud á los señores suscritores á *La Madre de Familia*, les anunciamos que los que quieran adquirir alguna ó todas estas obras, podrán recibirlas sin tener que desembolsar su importe de una vez, y abonándolas á razon de 4 reales mensuales, recibiendo sin embargo, las que indique á vuelta de correo.

Los cuatro tomos siguientes son en folio con grabados y mil columnas de texto cada uno, conteniendo las novelas que se espresan á continuación:

	PRECIOS.	
	Para los suscritores á <i>La Madre de Familia</i> . Reales.	Para los que no son suscritores. Reales.
TOMO I.		
Lágrimas del corazón.—Consuelo.— La paloma de los cielos.—La mision de una madre.—El noble y el mendigo.—Delirios de la ambicion.	30	40
TOMO II.		
Buena hija y buena esposa.—La flor del valle.—El lucero de la tarde.— Magdalena.—Culpa y perdon.	30	40
TOMO III.		
Guirnalda de la niñez, coleccion de cuentos morales.—El sueño de un ángel.—Cecilia.—Juicios de Dios. —Una palabra perdida.—Luz y tinieblas.—La lira cristiana, coleccion de poesias religiosas.—El ramo de violetas, id.—Perlas y lágrimas, id.	30	40
TOMO IV.		
Juan, hermano de los pobres, novela histórica religiosa.	30	40
ESCENAS DEL HOGAR, un tomo en 4.º con las novelas sigtes:		
La senda de espinas.—Un rayo de luz. —La miopía del alma.—Al pié de una Cruz.—La sombra de una madre.—Un amor del cielo.	6	8
La ruina del hogar, drama de costumbres.	6	8
La primera duda, id. id.	6	8
LA MADRE DE FAMILIA.		
Revista literaria, un tomo perteneciente al año 76.	24	30
id. del 77.	24	30

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.